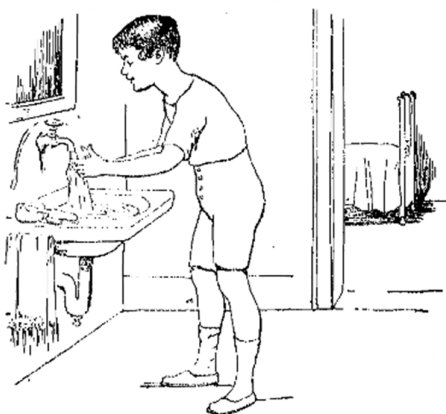


UN NIÑO ASEADO¹



Diego es un niño aseado. Apenas su mamita, bien temprano lo llama, recordándole que debe abandonar el lecho, para cumplir prolijo sus deberes: salta de él sin pereza y refresca su rostro en agua clara, Sus orejas y cuello no descuida, ni olvida la limpieza de sus uñas. Luego alisa el cabello con esmero. Listo ya, su tazón de rica leche bebe, y feliz y jubiloso vase a su querida escuela, donde sus compañeros y maestros, lo quieren y distinguen por su aseo.

¡Qué poco cuesta y cuánto beneficia, queridos niños, imitar a Diego!

José I. Caffarena.

Vocabulario: cabeza — tronco — extremidades — cara — cráneo — rostro — frente — sien — mejilla — boca — labios — dientes incisivos, caninos y molares — lengua — nariz — fosas nasales — oídos — cuello — garganta — pecho — espalda — estómago — corazón — pulmones.

¹ Outón, Rogelio, Nuestro Libro (Texto de lectura para segundo grado), Ed. Kapeluz, 1923 Pág. 4

La campana de la escuela.²

El niño oyó el rumor de la campana, vibrando bajo el cielo azul del verano, y mientras se vestía, pensó que era el primer día en que tenía que ir a la escuela. ¡A la escuela! ¡Cuán pronto habían pasado las vacaciones, los meses de aquel verano tan largo, tan descansado! Sus padres habían estado tan contentos porque aprobara el año escolar, que lo llevaron por un mes al campo.

Ahora, con un poco de pereza, pensaba que las vacaciones felices y tranquilas habían pasado, que era hora de volver a la escuela.

La campana lo llamaba, llenando la calle con sus voces sonoras y familiares, como todos los días durante los tres años anteriores, desde que entró al primer grado.

¡A la escuela!

Pensó también en aquel nuevo grado que lo esperaba, y sintió un poco de temor.

¡Cuán difíciles serían las materias de aquel año!
¡Cuántas cosas tendría que aprender, y aprenderlas bien, para responder a la confianza y al trabajo de su maestra, para satisfacer a sus padres, para poder llegar, con el tiempo, al Colegio Nacional!

Acabó de vestirse, y después de escuchar las recomendaciones de la mamá, que lo acompañó hasta la puerta y lo besó, salió a la calle.

¡Cómo llamaba la campana!

Su voz era una canción alegre, maternal. Era la voz de la escuela, de la maestra, del saber, del estudio, que parecía decirle, bajo el cielo azul, en la calle llena de sol:

"¡Ven a estudiar y a trabajar! ¡Ven a aprender lo que no sabes todavía, lo que te hará un hombre inteligente y un hombre de bien, un buen hijo, un buen alumno, un buen ciudadano!".

El niño se sentía cada vez más contento: Su pereza se disipaba. Su corazón estaba alegre.

¡Cómo estudiaría ese año!

Después de todo, no sería tan difícil. Su hermana mayor había aprendido muchas cosas interesantes el año último.

Él, un hombre, no debía pensar en las dificultades. Aprendería, y aprendería bien, con toda su voluntad.

Llegaba a la esquina de la escuela. Miró el cielo azul, por donde pasaban unas pequeñas nubes blancas, como buques por el mar.



² Blomberg, H. P., El sembrador (libro de lectura para tercer grado), Ed. Estrada, Año 1925. Pág. 7

El despertar de Carlitos³



— Despiértate, dormilón. Ya es hora de que te vistas y prepares para ir a la escuela — le dijo a Carlitos su mamá. Y, como buena mamá, le dio un par de besos en los ojos, sin duda para que se le despegaran los párpados.

Carlitos los abrió perezosamente, estiró sus bracitos hacia el respaldo de la cama, en un desperezamiento lento, los extendió poco a poco hasta que cayeron a lo largo de la almohada, y... repentinamente rodeó en un apretado abrazo el cuello de su madre y la besó varias veces, diciéndole — Buen día, mamita, buen día.

—Regalón, picarón, dormilón —dijóle la madre devolviéndole sus caricias, como solamente saben hacerlo las madres. — Levántate pronto, así tienes tiempo de dar un último vistazo a tus deberes antes de ir a la escuela.

—Sí, mamá... Y el día, ¿está lindo?. ..

—Mira — le contestó, abriendo la puerta que daba al patio.

Carlitos recibió un rayo de sol en pleno rostro.

¡Hasta el sol lo besaba al despertarse! Y, desde su camita, vió un retazo de ciclo azul y límpido.

—¡Qué linda mañana! — exclamó, disponiéndose a saltar del lecho.

Y así comenzó el día para este niño bueno y cariñoso.

¡Dichoso niño, cuyo despertar era una caricia maternal, y bendita madre, que sabía poner en su hijo la dulzura de sus miradas, la suavidad de sus palabras y el cariño de sus besos!

³ Jauregui, Juan, Sé Bueno (libro de lectura para tercer grado), Ed. Kapeluz, 1932. Pág. 11

Compañera⁴



La escuela es nuestro segundo hogar. El aula debe ser el reflejo de aquél. Para aliviar a nuestra madre o por respeto al trabajo de los demás, no arrojamos papeles, maderas de lápices, etc., en los pisos de nuestras casas. ¿Por qué hacerlo en la escuela?

Si te corresponde la suerte de ser monitora, cuida el orden y limpieza de todo lo que te rodea y enseña a tus compañeras a hacer otro tanto.

Pide permiso a tu maestra para arreglar las láminas que estén rotas o manchadas: consigue plantas y ocúpate de ellas todos los días. No hay cosa más triste que una planta seca.

No olvides los días patrios. Si sabes dibujar, elige motivos sencillos; cintas, laureles, escarapelas, ponen una nota hermosa en los pizarrones.

Atiende en clase; el tiempo perdido no se recupera jamás. .

Yo soy feliz porque estudio y obedezco; procura conseguir esta felicidad. ¡Es tan sencillo lograrla!

Lee los consejos que van a continuación destinados a un niño, pero que tú debes y puedes practicar.

PARA QUE RESPONDAS: ¿Cómo puedo embellecer mi clase?

⁴ Julia M. Crespo, Camino al llano, Ed. Kapeluz, año 1939. Págs. 9-10

Carta de un niño que estuvo en este grado⁵

Amigo:

Quiero dejarte un poco de lo que recogí, gracias a mi buen maestro, y aliviar así su tarea y la tuya.

No son objetos materiales que se pueden ver o tocar; son ideas que te servirán para marchar adelante si las pones en práctica.

No esperes que te indiquen cómo debes tratar tus útiles; lo sabes porque la conciencia te reprocha cuando los manchas o rompes por descuido. Empéñate al hacer tus deberes; da tanta satisfacción una palabra de elogio, que bien vale la pena ganarla con un poco de trabajo.

Colecciona láminas, que algún día te serán útiles; pero no lo hagas sin antes preparar una carpeta: dos cartones servirán para ello. Las ilustraciones arrugadas o sucias no deben aparecer en tus cuadernos. Sé buen compañero; enseña en los recreos al que no sabe; pero no le hagas los deberes, porque más tarde no tendrá quien trabaje por él y será un inútil.

Pon en práctica todo lo bueno que se te ocurra y trata de vencer al diablillo que llevas dentro cuando te empuje a hacer alguna travesura.

Te desea buena suerte tu amigo que está en tercer grado.

PARA QUE RESPONDAS: ¿Cómo puedo conservar mis útiles?

El lápiz - La pluma - El cuaderno - El libro



⁵ Op. Cit. 11-12

La escuela⁶

La gente del barrio pasa mirando la escuela. Todos la aman. Todos están orgullosos de ella. ¡Ahora, qué bullicio en su zaguán y en sus patios! ¿Qué es lo que pasa? Es que comienza el año escolar, por eso reina ese bullicio.

Suena la campana. Forman los niños en varias columnas, según sea el grado a que pertenezcan. Después, entran en las aulas. Cada uno ocupa su banco. A cada niño le toca un banco limpio y lustroso como un espejo. ¿Sabrá conservarlo así hasta el último día de clase?

Es alegre la escuela. Hay muchas plantas en la galería, y algunas de ellas todavía tienen flores. ¡Qué bien quedan en el patio los niños, vestidos con sus blancos delantales!

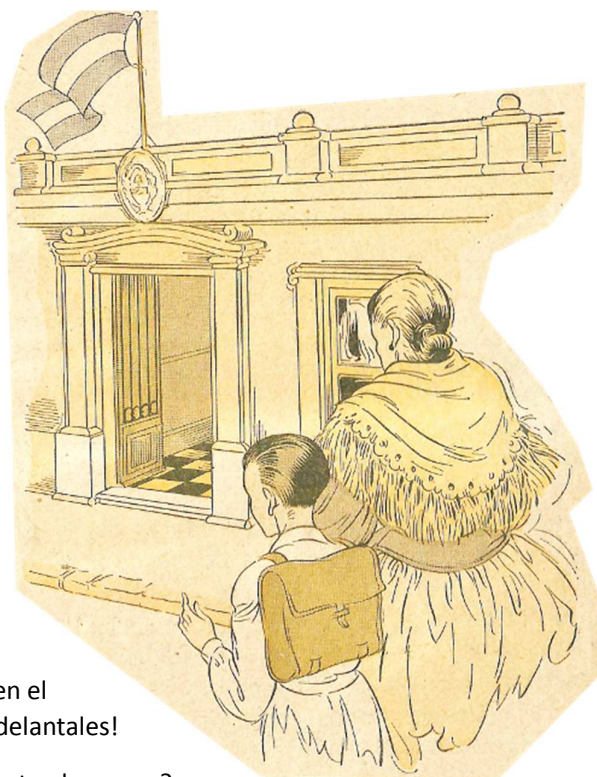
¿Y ese piano? ¿Quién toca esa pieza tan hermosa?
Esto pasa en el aula de canto, donde la maestra está por dar la primera lección.

—Adiós, escuela de nuestros hijos —dicen los padres al pasar—; tú eres la delicia de nuestros niños.

Entretanto da gusto en la clase atender la voz del maestro o de la maestra, o seguir en el negro pizarrón la blanca escritura de la tiza.

Suena otra vez la campana. ¿Cómo? ¿Ha pasado ya toda la hora? Sí, ha pasado, y ahora comienza el recreo. ¡Qué alegría en el patio! Todos juegan dichosos, y el ruido llega hasta la calle.

¡Feliz escuela! ¡Y qué simpático es su edificio! ¡Y cómo le luce, en lo alto, flameando al viento, la ondulante bandera argentina!



⁶ Capdevila A. y García Velloso J., Nueva Jornada, Ed. Kapeluz, 1956 (primera edición 1940), pag. 1

LA MAESTRA DE TERCER GRADO⁷



¡Qué buena era mi maestra de tercer grado!

¡Con qué paciencia nos enseñaba!

Era más bien joven, de estatura mediana y muy simpática.

Nunca la vimos de mal humor y jamás oímos alterado el tono pausado y dulce de su voz.

Cuando algún alumno no respondía a sus desvelos, con una sonrisa un poco triste reconvenía su conducta.

Era hija única y el sostén de sus padres.

Un día llegó el inspector a tomarnos examen. Interrogó al mejor alumno del grado y éste parecía haberlo olvidado todo.

Nuestra maestra palideció, pero no dijo una palabra.

Yo la miré... sufrí por su angustia... mis ojos se humedecieron. .. y me decidí.

Si bien es cierto que no figuraba entre los mejores alumnos, alguien me inspiró en ese momento y sin medir las consecuencias, levanté la mano y pedí hablar en reemplazo del niño que guardaba silencio y nos estaba torturando a todos.

El señor inspector lo hizo sentar y comenzó a interrogarme.

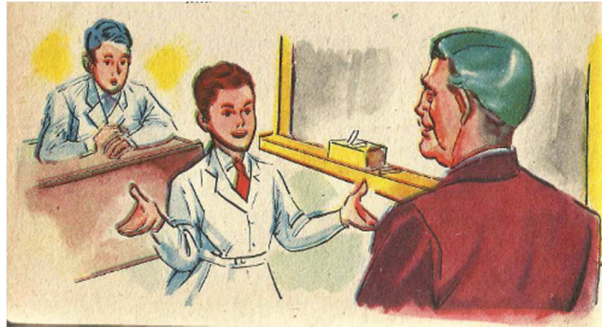
Ante la sorpresa de mis compañeros respondí a las preguntas con tanto acierto, que ellos se animaron, perdieron el temor, y aquel principio de examen que pareció un fracaso para nuestra querida maestra, se transformó en uno de los triunfos más importantes de su carrera.

Lo merecía; había trabajado mucho y bien.

⁷ Herma Carmen, Paz y trabajo (libro de lectura para cuarto grado), Ed. Troquel, 1957. Págs. 1 y 2

Cuando el señor inspector abandonó el salón de clase, después de felicitarnos a todos, rodeamos a la señorita, y como si fuese nuestra madre, la abrazamos y le dijimos cosas tiernas y alegres.

La acompañamos hasta su casa y fuimos nosotros, sus alumnos, los primeros en dar la noticia del triunfo a sus padres, que la estaban esperando.



Mi deber de alumna⁸



Yo conozco una niña, que cuenta a su madre cuanto le ocurre.

Un día, al volver del colegio, le dijo avergonzada:

—Mamá, hoy no supe la lección. Me interrogó la señorita y solo atiné a decir unas palabras. Cuando terminé, su mirada

⁸ Op. Cit. Págs. 3 y4

y su sonrisa no eran las de siempre. Parecía apenada porque yo no había cumplido con mi deber.

¿Sabes por qué ocurrió eso?

Porque ayer te entretuviste en el juego más de lo acostumbrado.

—Sí, mamá. Y sé que no tengo disculpa.

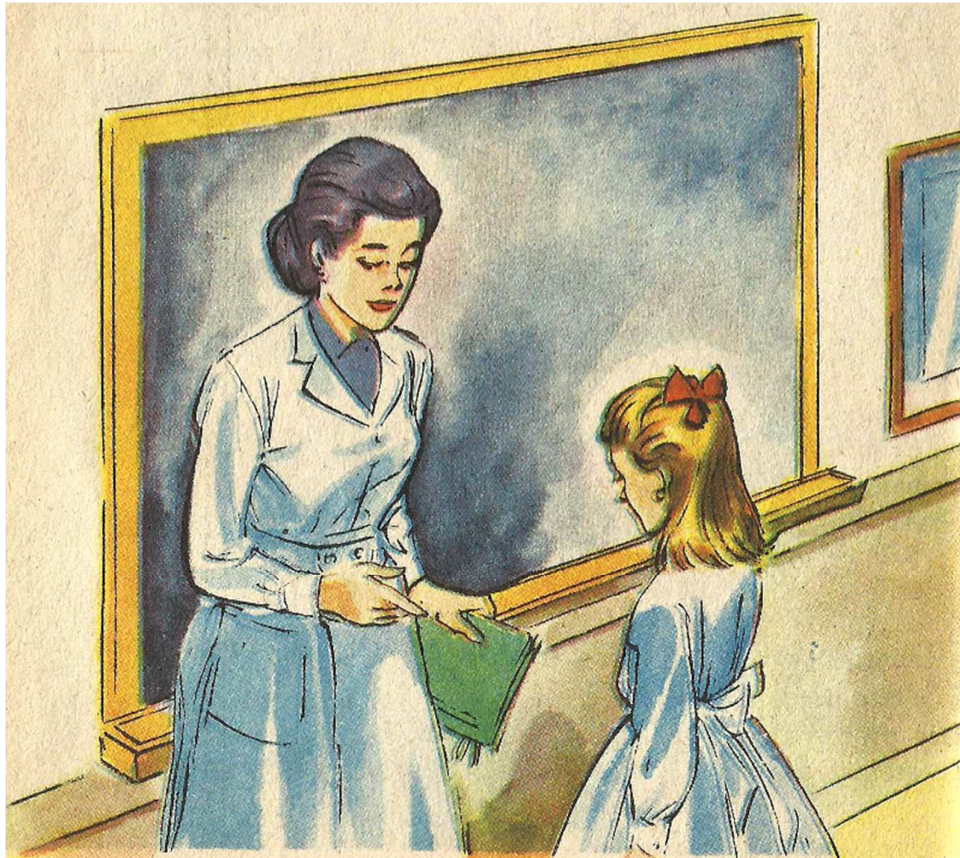
Soy grande y no ignoro lo que me corresponde hacer,

La expresión de la maestra, y tus palabras, me hacen reflexionar, y advierto que cometí una falta grave. Comprendo ahora que primero es la obligación, después el juego. Y que de otra manera, no podré nunca satisfacer la ilusión de tu vida.

Yo sé, mamá, que tú deseas que estudie y que mi conducta sea intachable.

Desde hoy, te lo prometo.

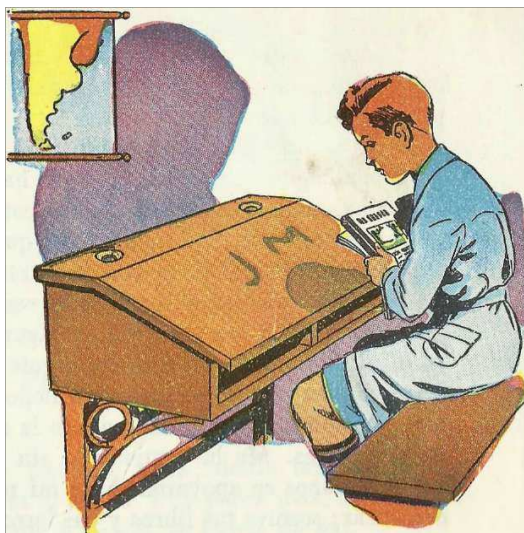
Y a usted también, señorita, para que otra vez no tenga que mirarme con los ojos un poco tristes y llenos de reconvenciones.



La campana seguía llamando.

— ¡Ya voy! —gritó alegremente, y entró corriendo en la escuela.

Mi banco escolar⁹



Desde el primer día de clase ocupó uno de los asientos de mi banco escolar.

¿Cuántos niños se habrán sentado en este mismo sitio durante el transcurso de los años? Es difícil responder a esta pregunta; pero, de los que pasaron por él, uno ha dejado las iniciales de su nombre recortadas en las fibras de la madera. Son letras grandes y están marcadas a punta de navaja sobre el pupitre. Quiso, sin duda, adueñarse de este banco y le dejó una triste señal.

¿Cómo podía defenderse este madero de la afilada hoja que esgrimió un niño sin corazón? Si el banco hubiese podido hablar le habría dicho:

—¿Por qué me hieres así? ¿No estás conforme con las comodidades que te brindé? ¿No has oído a tu maestra lo que ha dicho de mí, para que me conserves limpio y me cuides como a una cosa tuya? ¿Por qué, entonces, me lastimas y cortas mis fibras con la punta del cortaplumas? Te he visto esconder el arma cada vez que* alguien se ha acercado a ti; la has escondido y alguna vez te has sonrojado. Quiere decir que eres consciente de tu mala acción. Mírame bien; soy como un rostro lleno de cicatrices. Otro niño, sin alma, como tú, ha trazado la recta que me divide en dos partes. Me ha agujereado sin compasión.

Tus manos se apoyaron sobre mí para escribir o para descansar; sostuve tus libros y cuadernos, tus herramientas de trabajo manual; te acompañé en tus horas de dolor y en tus momentos de alegría. Y tan ingrato fuiste, que en un instante de irreflexión me has dejado así, marcado para siempre... ¿No estás arrepentido del mal que me has hecho? Piensa que otros niños vendrán a ocupar este lugar, y, si son buenos, te reprocharán este daño que me has inferido, porque no puedo defenderme.

⁹ Forgione, José, Alfarero (libro de lectura para cuarto grado), Ed. Kapeluz, Séptima edición 1959, pág. 3 y 4

Así habrías hablado, mi banco escolar, si hubieses tenido el don de la palabra. Pero yo te cuidaré, y a pesar de tu mal aspecto, tendrás la caricia de mis manos y la gratitud de mi corazón.